

EL TIO CAMORRA,

PERIODICO POLITICO Y DE TRUENO.



PARIS 13 DE ABRIL DE 1848.

Mi querida cotorra: Al recibo de esta habrás tenido conocimiento tal vez de la famosa carta de Luis Felipe, referente á las bodas españolas, y las cartas del mismo á Mr. Guizot y de Mr. Guizot al mismo. No parece sino que estamos en el tiempo de las cartas: nosotros tenemos que publicar el periódico por cartas para completar la funcion; los portugueses agitados hace mucho tiempo se mueven en distintas direcciones, y todo ello por *Carta* mas ó menos, y para que el juego de cartas sea completo, hete ahí á los cartistas ingleses hacer procesiones y estender proclamas capaces de amedrentar á

Tomo II.

cualquiera.... si ese cualquiera tiene alguna deuda que satisfacer, como sucede á los lóres en la Gran Bretaña y á los aristócratas y serviles en toda la redondez de la tierra. Se me olvidaba hacer mencion de otra carta sumamente curiosa, que deberia llevarse al archivo de Simancas para sepultarla entre el polvo de los legajos de la edad media, untándola por decontado con un poco de tocino para engolosinar á los ratones: hablo de la carta dirigida al general Narvaez por el oficial que escoltaba á mi apreciable amigo D. Salustiano Olózaga. Esta es la carta mas cuca de toda la baraja: todos esperábamos que fuera lo que llamamos una carta blanca, como el ás de espadas por ejemplo, el tres de copas ó el dos de oros; pero nos salió *burro*, segun dice la gente de los pueblos para designar las sotas, los caballos y los reyes. Te aseguro que la tal carta ha dado no poco que reir á la gente de esta tierra, que es naturalmente jovial y decidora, y si como ese oficial ha nacido en España, donde no se premia el mérito, hubiera tenido la dicha de pertenecer á otro pais, es posible que á esta fecha hubiera recibido ya la recompensa que merecia. Entre tanto Olózaga no sabemos dónde para, aunque es de presumir que esté redactando alguna otra carta contestando al oficial, cosa que no le aconsejamos, que es delicado siempre eso de dar importancia al que no la tiene, y yo estoy por aquello de «el que quiera peces, etc.

Decia que ya habrás visto la carta de Luis Felipe, en la cual resalta ciertamente ese espiritu de caballerismo de que tantas pruebas ha dado durante su reinado. ¡Qué candor! ¡qué buena fé respira el tal documento! Si hubiera justicia en el mundo, antes de acabar el siglo diez y nueve veríamos hacer rogativas á S. Luis-Felipe de Francia, con oraciones al beatísimo Guizot y responsos á alguna princesa casamentera cuya vida es el pasmo de la cristiandad. Lo que me ha hecho mucha gracia en dicha carta, es aquel parrasito... «Se recurrió á toda clase de medios para desvirtuar la candidatura del conde de Trápani (*el macarron*), porque nadie ignoraba que ofrecia entonces muchas probabilidades de buen éxito por parte de la reina Cristina y de la reina su hija, que decia constantemente á sus ministros: *Quiero Trápani.*»

En esto perdonéme su ex-magestad, el ex-monarca de julio, pero creo que el tal párrafo envuelve dos ofensas; una á la reina Isabel y otra á la duquesa de Rianzares; y la cosa es clara: ¿Cómo la reina Isabel habia de decir con tanta resolución *quiero Trápani*? Eso es increíble, lo primero porque la reina Isabel no conocia á *Trápani*, y nadie puede apetecer tan vivamente un manjar desconocido, que así puede satisfacer, como atravesarse en el paladar. Se me dirá que pudo verlo por retrato; pero de lo vivo á lo pintado hay notable diferencia; y el que mas y el que menos de nosotros sabe lo aduladores que son los artistas cuando retratan á ciertas personas: yo he visto á Fernando VII en un grabado donde estaba aquel señor, cuya fisonomía nos es bien conocida, con una boqui-

ta como un piñon, barba pequeña, pelo rizado y nariz pequeña, que casi pudiera tenerse por chato. Otra razon hay para dudar de ese yo *quiero Trápani*; y es que no podemos suponer semejante cosa de una jóven, y mucho menos dirigiéndose á los ministros, porque sabido es que las costumbres imponen leyes al bello sexo, a las cuales no es dado faltar á nadie y mucho menos tratándose de una princesa de quien tenemos formada una opiacion mas favorable que su señor tio. En cuanto á la intervencion de doña Maria Cristina, esto es menos concebible, porque todo el mundo conoce que esta señora no acostumbra á mezclarse en asuntos de Estado, por la sencilla razon de que no está autorizada para ello. Puede ser que la señora ex-duquesa de Montmoront desease un buen acomodo para su hermanito; pero apostaria yo cualquier cosa á que jamás ha revelado á nadie sus deseos, siendo como es tan enemiga de imponer trabas y de mezclarse en las cosas políticas, sobre lo cual apelo al buen juicio del pueblo español, donde tantas simpatias se ha grangeado por su acendrado españolismo, y sobre todo por sus sacrificios en favor de la libertad. Esta acusacion que la mencionada señora ex-duquesa de Montmoront sabrá rechazar aun á costa de desmentir á su tio, está mas esplicita en los párrafos siguientes:

«Lord Palmerston se limitaba á los tres principes que la Inglaterra admitia en la candidatura para la mano de la reina de España Isabel II, á saber:

- 1.º El príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo.
- 2.º Don Francisco de Asís, duque de Cadiz.
- 3.º Don Enrique, duque de Sevilla.

Viendo el nombre del príncipe de Coburgo á la cabeza de esta lista, el conde de Jarnac se quedó estupefacto, y dijo á lord Palmerston que era contraria esta candidatura á las seguridades dadas constantemente por lord Aberdeen, por lo cual pedia que se quitara el príncipe de la lista. Respondió lord Palmerston que era imposible, puesto que ya habia enviado las instrucciones, y que ademas habiéndose adoptado la medida en el consejo, no podia él por sí solo hacer ninguna variacion, ni se encontraba dispuesto á proponérsela al gabinete. El resto de las instrucciones no nos pareció mas satisfactorio. Estaban concebidas en un estilo bien diferente á las de lord Aberdeen. No habia ni indicios, ni recomendacion de buena inteligencia entre nosotros, consistiendo toda la idea en asegurar el concurso y el apoyo de la Inglaterra al partido progresista, que no es en el fondo, á lo menos á mis ojos, mas que *un partido revolucionario*, cuyo ascendiente produjo en España tantos sucesos deplorables, ya en la revolucion de la Granja, ya en la sumision y el abandono de la jóven reina al yugo de la regencia de Espartero.

Semejantes instrucciones debian hacer temer que se renovasen escenas desastrosas, y en efecto esparcieron la alarma en el palacio de Madrid tan pronto como se supieron. Hubo una reaccion inmediata: *la reina Cristina á la cabeza de los mismos que la arrastra-*

ron á hacer la proposicion al duque de Coburgo, y todos los que temian volviere á reproducirse la insurreccion progresista, recientemente apagada en Galicia, y que habia dado márgen á la espulsion de don Enrique, se dirigieron á nosotros pidiéndonos que se hicieran simultánea é inmediatamente los dos matrimonios, el de la reina con don Francisco de Asis y el de la infanta con Montpensier. Esta simultaneidad era no solamente el *sine qua non* de la reina Cristina para aceptar á don Francisco de Asis, etc.

Como tú ves, el tal Luis Felipe se permite cosas muy poco galantes respecto á la duquesa de Rianzares, suponiéndola enemiga declarada de los progresistas y á la cabeza de los moderados, cuando es constante que esta señora jamás ha tenido partido, y si pertenece á alguno no es ciertamente al moderado, que, como todos sabemos, es un partido donde hay demasiada gatería para presumir que se asocien á él personas tan respetables. Estoy por asegurar que la reina Cristina, si es que tiene partido, mas bien pertenece al progresista que á ningun otro; y si esta señora no es mas progresista que nosotros, tampoco lo es menos que Lujan, Infante y otros varios amantes del orden en grado superlativo.

Tambien creo que la augusta princesa sabrá rechazar con indignacion lo que dice su tio en estas líneas: « que se hicieran simultánea é inmediatamente los dos matrimonios, el de la reina con D. Francisco de Asis, y el de la infanta con Montpensier. Esta simultaneidad era no solamente el *sine qua non* de la reina Cristina para aceptar á D. Francisco de Asis, etc.»

Es decir que, segun Luis Felipe, la reina Cristina no solo se mezcló, sin caracter legal para ello, en el negocio de los matrimonios, sino que quiso que las dos bodas se hicieran *simultáneamente*, como si esto fuera esencial, y que se verificaran *inmediatamente*, como si corriera tanta prisa, y sobre todo que sin la presentacion de Montpensier estaba dispuesta á hacer un desaire al rey actual D. Francisco de Asis. ¿Se habrá propuesto Luis Felipe introducir la desunion en las familias? Yo no lo creo; pero por si acaso, me parece oportuno aconsejar al esposo de la reina de España que no haga caso de chismes, porque harto conocido es de todos el afecto que la reina Cristina le ha profesado, asi como á sus señores padres y á toda la familia. Si resucitara la princesa Carlota tendríamos la confirmacion mas completa de todo esto.

Lo que tampoco puedo pasar en silencio es lo que el ex-monarca se permite decir del partido progresista, asegurando que no es en el fondo mas que un *partido revolucionario, cuyo ascendiente produjo en España sucesos deplorables*.

¿Qué entenderá Luis Felipe por sucesos deplorables? ¿Y por qué habia ese señor de aborrecer á los *revolucionarios*? Por ventura, el cetro que tan mal ha empuñado su señoría desde 1830, ¿no fué por efecto de una *revolucion*? Verdad es que otra revolucion le ha quitado la corona; pero motivos suficientes ha dado para ello, y

todavía debe agradecer la buena vida que se ha dado durante diez y ocho años. ¡ Cuántas golosinas habrá comido! En verdad que Luis Felipe podía haber dicho á los revolucionarios de febrero, que eran sobre poco mas ó menos los mismos revolucionarios de julio, lo que dicen los muchachos: «Lo que se dá no se vuelve á quitar;» pero corria peligro de que le dieran una contestacion demasiado brusca, y su ex-magestad no podia detenerse á escuchar ciertas razones, por lo cual hizo aquello de vestirse con blusa, á pesar del ódio que tenia á los revolucionarios. Por otra parte, debian echarle en cara los revolucionarios la torpeza con que faltó á eso que llaman *palabra de rey*, porque él ofreció ser rey liberal, y durante su reinado no ha pensado en otra cosa que en oprimir á los liberales y en halagar á su cocinero Mr. Guizot, que era el que componia todos esos *guisados* que saboreaba en las Tullerías, y que á fuerza de estar sobrecargados de sal y pimienta, debian acabar por producir la terrible indigestion de febrero.

A la verdad, eso de *faltar un rey á su palabra de tal*, no sabemos de quién lo haya aprendido, porque es cosa poco comun; y citaremos en prueba de ello á Fernando VII que cumplió caballerosamente todas las palabras que habia empeñado en Bayona, en Madrid y en Cádiz, por mas que algunos *revolucionarios* se obstinen en manifestar lo contrario, recordando el suplicio de los mejores patriotas, como si esto tuviera nada de particular. Podia tambien Luis Felipe mirarse en el espejo de doña Maria de la Gloria, cuya gratitud hácia los liberales que la han colocado y sostenido en el trono, es admirable. Podia tender la vista al rey Ernesto de Hannover que abolió la Constitucion que habia jurado, en menos que se persigna un cura loco; podia, en fin, dirigir la vista á muchos estados, y principalmente á Nápoles, donde hay un rey tan fiel á su palabra, que en pocos dias se ha sometido á las exigencias de los revolucionarios armando la *Milicia Nacional*, y luego que ha creido contar con elementos de resistencia, ha decretado el desarme de la *Milicia*, manifestando su firme resolucion de no contemporizar con los picaros *revolucionarios*. Verdad es que los sicilianos no quieren acabar de comprender lo que vale un rey cuando *tiene palabra*; y se han insurreccionado otra vez pidiendo libertad, lo cual quiere decir que los tales revolucionarios estan quizá dispuestos á hacer una cosa parecida á lo que el pueblo de Paris hizo el 24 de febrero. Francamente, si esto hicieran los súbditos de tan buen rey, seria el colmo de la ingratitude.

Pero volviendo á la carta de Luis Felipe, amiga Cotorra, hazme el favor de descifrar ese párrafo, que yo por mi no lo entiendo.

En setiembre de 1845, cuando lord Aberdeen me habló por primera vez en el castillo de Eu del matrimonio de Montpensier con la infanta, la reina Isabel, aunque de 15 años menos un mes de edad, no era *nubil* todavía; y puedo decir con entera *seguridad*, que mientras hubiera durado este estado de salud de la reina, habria sido

para mí, aun siu las conferencias con lord Aberdeen, un obstáculo absoluto á que se casara Montpensier con la infanta su hermana. Pero la reina fué *nubil* en el invierno, y encontrándose, segun los informes que nos dieron, en la mejor condicion nubil, el obstáculo desaparecia, no faltando mas que saber si el esposo elegido presentaba buenas condiciones de *virilidad*. Me parece cierto, con arreglo á los *informes minuciosos* recogidos en Madrid sobre don Francisco de Asis, que se encontraba con estas condiciones, y que por consecuencia se reunian todas las probabilidades para esperar que el matrimonio tuviese resultados.

Indudablemente Luis Felipe sabe mucho. ¿Cómo demonios se habrá gobernado para averiguar tantas cosas?

Fáltame para concluir esta carta, hacerte una reflexion acerca de lo ocurrido en Lóndres con motivo de la peticion de los cartistas, que segun informes, iba firmada por cinco millones y ochocientos mil ciudadanos. Los cartistas anunciaron su procesion y el gobierno publicó un bando prohibiendo dicha procesion; pero los cartistas repitieron descaradamente que llevarian adelante su procesion haciendo responsable al gobierno de la sangre que se vertiera, y en efecto, la procesion ha ido adelante con la mejor paz del mundo, componiéndose esta de unos ciento cincuenta mil *descamisados*, como dicen *los que nos han dejado sin camisa*. El hecho es que el gobierno ha sido vencido, que ha recibido la ley, que ha dejado de ser gobierno, y Dios sabe en qué vendrán á parar estas cosas. *Ello dirá y si no lo diré yo.*

Da espresiones á los amigos y dispon de tu afmo.

EL TIO CAMORRA.

EL EMPECINADO.

(HISTORIA QUE PARECE NOVELA.)

II.

Dijimos en el capítulo anterior que los habitantes de la villa de Roa estaban aturdidos, aunque no acobardados, por los progresos que iba haciendo en nuestra patria la causa francesa, cuyas numerosas huestes se habian esparramado por toda la peninsula. Estas noticias, en vez de amilanar á los castellanos, les habia inflamado el corazon por el santo amor de la independendencia, aunque por de pronto experimentasen un amargo dolor por la mala suerte que vaticinaban á la atrevida quanto aventurera expedicion de *Juan Martin*. Pero, como ya hemos visto, no tardaron en disi-

parse las nubes de tan desgarradora agonía para dar paso al benéfico sol de la esperanza. El *Empecinado* salió victorioso de su difícil empresa, y el pueblo de Roa vió cruzar sus calles como vencedores, entre mil vitores de alegría y entusiasmo, á los que había llorado como víctimas.

Este felicísimo resultado hubiera por sí solo encendido en todos los pechos castellanos el fuego belicoso á que son tan propensos cuando se trata de defender la dignidad de la patria; pero otras muchas noticias vinieron á acrecentarlo, pues ya se sabía que en toda España se preparaba la mas tenaz resistencia, se organizaban partidas, se hacian todos los sacrificios imaginables, y se lanzaba el grito de ¡guerra á muerte! contra el ejercito invasor. Habia mil cartas contestes que manifestaban el buen espíritu de toda la nacion y los rudos golpes que acababa de sufrir el águila imperial engreida con los recuerdos de Austerlitz. *Juan Martin*, que no creia inoportuno comunicar tan buenas nuevas á sus compañeros de gloria, reunió todas las cartas que pudo, y compareciendo ante sus camaradas quiso pintárles con halagüeños colores el estado del país: «Castellanos, les dijo, en todas partes acuden los patriotas á alistarse voluntariamente para pelear contra el usurpador: no nos envanezcamos creyendo que hemos sido los primeros á levantar el estandarte de la libertad; porque al mismo tiempo que nosotros, todos los españoles que abrigan sentimientos pundonorosos han trocado la esteva por el fusil, corriendo generosos en pos de la muerte ó la victoria. Ellos y nosotros, todos hemos obedecido instintivamente á la secreta voz de Dios que nos demandaba justicia, y á las plegarias de nuestra ultrajada nacion que nos pedia venganza. ¡Juremos cumplir con nuestros deberes y no consentir el yugo del despotismo estrangero mientras quede en nuestros pechos un soplo de vida!»

Todos los soldados del *Empecinado* prestaron este noble juramento, y pasaron á revisar las cartas que difundian con sus detalles la esperanza y el consuelo. No nos detendremos á examinar tan vasta correspondencia, porque sería tarea muy prolija; pero citaremos una sola posdata, que reasume cuanto pudiera decirse de aquel alzamiento nacional. «En esta ciudad (decia una carta) todos los mozos se han enganchado voluntariamente para combatir á los enemigos de nuestra independenciam; y de cuatro mil estudiantes que habia en la Universidad, solo uno se ha negado á tomar las armas. Este mal español merecia que no hiciéramos de él mencion alguna; pero es necesario que todo el mundo conozca su nombre, para que por do quier le persigan las maldiciones de los buenos patriotas. Este mal español, en fin, se llama Domingo Fuentenebro.»

— Bueno es conocerle, dijo el *Empecinado*, para que Dios nos libere de él.

— Sí, sí, contestaron todos los demás; no se nos olvidará su

nombre, por si quiere la suerte que caiga en nuestras manos.

— Apuntadlo, repuso *Juan Martin*; nosotros debemos conservar en la memoria los nombres de los malvados para aborrecerlos, así como los de los héroes para imitar sus hazañas. En efecto, el nombre de *Domingo Fuentenebro* fué apuntado por todos los *empecinados* que sabían escribir, y nosotros hemos querido también estamparlo en nuestras páginas para que caiga sobre él el desprecio y baldon de todas las generaciones.

Querer describir los hechos heroicos del *Empecinado*, sería emprender un trabajo superior á nuestras fuerzas; y por otra parte, un biógrafo moderno, de quien tomamos las líneas siguientes, nos ofrece una idea bastante clara del mas notable de nuestros guerrilleros. Hé aquí cómo se espresa el mencionado biógrafo, sin embargo de pertenecer al partido servil (1): «Era el *Empecinado* el primero á entrar en los combates; entusiasmando con su ejemplo á sus soldados, y á pesar de arrojarle donde conocia que era mas necesaria su presencia y donde estaba el mayor peligro, en medio de tantas acciones y reñidos combates solo recibió tres heridas de gravedad, una en un brazo, otra en el pecho y otra en la cabeza, y cinco de menor consideracion; tuvo, si, muchísimas contusiones causadas principalmente por caidas del caballo, á pesar de manejarlo con destreza, preciándose de buen ginete.»

Las provincias de Guadalajara, Segovia, Avila y Toledo, ocupadas constantemente por las tropas francesas, facilitaron al *Empecinado* ocasiones de probar su extraordinario valor y su poco comun prevision, descargando á los enemigos de España golpes que difícilmente podian reparar, y manteniendo la correspondencia entre los ejércitos nacionales. Encargábase de la comunicacion de pliegos, de la conduccion de prisioneros y otros servicios de mayor interés, sin descuidar nunca su objeto principal, que era el desmembrar á los ejércitos imperiales haciendo todos los prisioneros que podia, contra los cuales, debemos consignarlo en honor del generoso caudillo castellano, jamás se ensañó, comprendiendo muy bien, como ha dicho nuestro eminente poeta D. Antonio García Gutierrez, que

«No se muestra acreedor á la victoria
quien del vencido la desgracia insulta.»

Mas adelante tendremos que reproducir estos magníficos versos, que tan severamente condenan la conducta observada despues del año 1823 por los cobardes enemigos de *Juan Martin*. Pero apartemos por ahora la vista del repugnante cuadro que se ha presentado anticipadamente á nuestra imaginacion. El funesto recuerdo de ciertas escenas nos quitaría el gusto de enumerar las victorias del *Empecinado* durante la gloriosa lucha de la Independencia; porque segu-

(1) Decimos que el biógrafo de quien tomamos estas líneas pertenece al partido servil, porque pertenece al partido moderado, mas servil cien veces que el carlista, en nuestro concepto.

ramente, cuando contemplamos los malos tratamientos que el héroe mereció de sus contemporáneos, causa ira recordar los servicios que les había prestado.

Para comprender toda la importancia que los franceses daban á Juan Martín, bastará decir que durante mucho tiempo no pensaba la corte del rey José en otra cosa que en deshacerse de un enemigo tan temible. Había en Madrid y sus alrededores una fuerza constantemente de treinta, cuarenta ó cincuenta mil hombres, y puede decirse que no disfrutaba la corte un momento de tranquilidad. ¿Se veía un bando por las esquinas amenazando á los patriotas con todo el rigor de la dictadura reinante? Esto quería decir que el *Empecinado* acababa de destrozar alguna división á las mismas puertas de la capital. Salía un fuerte destacamento para Alcalá, y á las pocas horas había caído en poder del *Empecinado*. ¿Venía de la provincia de Toledo una noticia adversa para el usurpador? Esto significaba que el *Empecinado* había dado un golpe seguro de estrategia, en que el valor llevaba siempre la mayor parte. ¿Estaban los franceses alegres y confiados? Señal infalible de que el *Empecinado* se hallaba entonces en la provincia de Sigüenza, donde regularmente ocasionaria alguna derrota á los soldados del imperio, pero que aunque así fuera podía la metrópoli, viendo tan lejos al incansable guerrillero, entregarse al reposo de que tan raras veces gozaba. Pero pronto se desvanecían estas esperanzas en la corte, porque á las pocas horas se oían tiros en la puerta de Alcalá ó habían caído prisioneros los franceses que guarnecían la Casa de Campo (un tiro de bala, poco mas, del palacio Real), y era el diantre del *Empecinado*, que tenía la endemoniada táctica de aparecer donde menos se le esperaba, ocasionando al enemigo pérdidas tan imprevistas como rápidas y considerables. Ya se ve; con semejante hombre era imposible que el rey José pudiera entregarse á las delicias del sueño, y el periódico oficial de un gobierno que solo descansaba en la fuerza material, de un gobierno que tenía por enemigo á todo el pueblo, de un gobierno que solo podía contar con el apoyo de la gente vendida, el diario oficial de semejante gobierno, repetimos, predicaba continuamente el degüello, creyendo que la falta de apoyo en la opinion pública podría suplirse por el terror. No tenemos á mano las *Gacetas* de aquel tiempo; pero para dar una idea de su lenguaje impolítico y bestial, del lenguaje de los desalmados que, conociendo la imposibilidad de vivir, querían prolongar por un poco tiempo mas su desesperada agonía, copiaremos el siguiente párrafo del *Heraldo* del día 11, párrafo que solo tiene comparacion con la saña de los franceses, y que puede servir de modelo entre los hotentotes. Hélo aqui:—*Si los anarquistas volviesen á las calles y á las barricadas, cosa imposible á nuestro modo de ver, puesto que carecen de armas, de dinero y de gefes, POR HUMANIDAD y por política, por interés del mayor número ACONSEJARIAMOS al gobierno que les diese un escarmiento FINAL Y DE-*

FINITIVO. *La tropa está muy dispuesta á hacerlo ; si se la vuelve á obligar á hacer uso de las armas en las calles, no creemos que su principal ocupacion será la de coger prisioneros ; creemos, al contrario, que llevará á muy pocos ante el consejo de guerra, y que despejado el campo por la prudencia y el patriotismo de los leales habitantes de Madrid, todo el que salga con armas á la calle sufrirá ALLI MISMO la pena de su crimen. Lo repetimos : la lenidad es buena para una vez ; el que no entienda la leccion que lleva consigo, á nadie mas que á si mismo culpe de las consecuencias, en todo caso dolorosas.*

A este párrafo, que puede arder en un candil, solo le falta explicar eso de *coger á uno con armas en la calle*. Es de presumir que el *Heraldo* estará de acuerdo con Murat hasta en eso de considerar como arma ofensiva unas tijeras, una navaja de afeitar, una aguja, un cortaplumas, etc., y querrá que se reproduzcan en todos sentidos las crueldades del DOS DE MAYO.

Pero por extraño que parezca, y permitasenos esta necesaria digresion, aun el language del *Heraldo*, capaz como todos los naufragos, de agarrarse á un hierro candente, es algo humanitario en comparacion del que usa el *Popular*. Este periódico, el POPULAR, y lo consignaremos en letras gordas, porque deseamos que todo el mundo se haga cargo de las palabras del ayudante del *Heraldo*, el *Popular* es de opinion que caso de oirse un tiro en la capital de España SE CASTIGUE A LOS CURIOSOS CON TANTO RIGOR COMO A LOS REVOLUCIONARIOS. Y como que puede uno haber salido á la calle sin tener noticia de la alarma y en este caso pueden encontrarse muchos millares de personas en una poblacion tan grande como Madrid ; y como es dificil donde concurre mucha gente distinguir á los meramente curiosos de los que transitan las calles para sus asuntos urgentes ; y como en caso de duda será necesario comprender á todos en la calificacion de curiosos, resulta que el POPULAR QUIERE UN DEGÜELLO GENERAL, COMO QUIEN DICE, UNA SEINT BARTELEMY PARA ESTERMINAR A LOS MADRILEÑOS. Esto es lo que parece proponerse el *Popular*, una SEINT BARTELEMY PARA ESTERMINAR MADRILEÑOS ; y volvemos á repetirlo y lo repetiremos cien veces con letras gordas, porque deseamos que no se olvide la especie para que se escandalice la posteridad. A la vista de estos sanguinarios sermones tendremos que hacer al Neron del DOS DE MAYO la justicia de creer que no estaba animado de un odio tan encarnizado hacia los españoles como el malamente llamado *Popular*.

Volviendo á nuestro inolvidable *Juan Martin*, diremos que era tal su celo, su valor y tan certeros sus tiros contra un gobierno farsante y usurpador, que aquel gobierno solo pensaba en una cosa, en quitar del medio al *Empecinado*. Para conseguirlo inventó mil medios : primero recurrió á la traicion ; y si esto no era bastante, pensaba emplear el halago. Para tenderle mejor la red se creyó que debian comisionarse españoles renegados que al menos hablaban la

misma lengua que *Juan Martín*; pero todo era inútil. El *Empecinado* sabía cuanto se tramaba, seguía todos sus pasos y era imposible que le sorprendieran; y así fue que siempre se volvieron las tornas, cayendo prisioneros en poder del *guerrillero* castellano los emisarios del rey José, que esperaban medrar presentando á su señor como el mejor de todos los memoriales, la cabeza del *Empecinado*.

Un día pasando por cierto pueblo el *Empecinado*, vió á un sugeto en cuya fisonomía se pintaba la falsía y la traición, el cual se apresuró á saludar al caudillo con aparente entusiasmo. El *Empecinado* le llamó y le dijo:

—Por lo visto usted también es patriota.

—Como el primero, contestó el desconocido.

—Pues bien, repuso el *Empecinado*, coja usted un fusil y sígame usted, que cerca de aquí tenemos una partida de franceses, contra los cuales deseo yo brillar el patriotismo.

Y como viese el *Empecinado* que aquel hombre había palidecido, le preguntó cómo se llamaba, y después le hizo registrar, resultando que aquel individuo había mentido, dándose un nombre que no era el suyo; y cogiéndosele papeles importantes que revelaban su misión como instrumento del gobierno francés. Ya se sabe la pena que en todos tiempos han tenido los espías cojidos *infraganti*: aquel individuo fue puesto inmediatamente en capilla.

Todos los amigos del *Empecinado*, quisieron saber el nombre del reo y *Juan Martín* lo dijo en alta voz mostrando su pasaporte.

—El reo, gritó, se llama *D. Domingo Fuentesnebro*!

—¡*Domingo Fuentesnebro*! exclamaron todos.

—Sí, añadió el *Empecinado*, es el nombre que apuntamos en Roa al saber que en cierta universidad habían tomado las armas todos los estudiantes *menos uno*.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! Esclamaron todos, que muera el renegado!

—¡Muera!

—¡Morirá! Contestó el *Empecinado*. Pero este valiente castellano, era débil como todos los valientes cuando se trataba de un enemigo que no estaba con las armas en la mano. El *Empecinado* sabía entrar el primero en batalla, sabía batirse á un mismo tiempo contra cinco lanceros franceses, matando á tres y corriendo tras de los otros dos (1); pero este mismo hombre que solo comprendía la gloria en el combate, no sabía fusilar á los vencidos, y por eso, cuando llegó la hora de pasar por las armas á *Fuentesnebro*, dió rienda suelta á sus sentimientos generosos; la compasión sucedió á la ira que le inspiraban los afrancesados; y en vez de fusilar á *Fuentesnebro* le puso inmediatamente en libertad (2).

(1) Aun hay testigos de este hecho.

(2) Este es también un hecho indudable. *D. Domingo Fuentesnebro*, afrancesado furibundo, iba á ser fusilado, debiendo únicamente su salvación á la generosidad de *Juan Martín*.

¡ Ah ! Dijo para sí triste y meditabundo el *Empecinado* ; el acto de misericordia que acabó de egercer ; será un hecho plausible ó un delito de que me arrepienta algún día ? Está visto, yo hubiera sido muy malo para juez.

FABULAS MORALES.

I.

EL LOBO Y LAS OVEJAS.

Con confianza sin tasa,
y en el campo, es bien extraño,
marchóse un pastor á casa
dejando solo el rebaño.

Dejó su plaza indefensa,
sin considerar el bobo,
que donde menos se piensa
suele presentarse el lobo.

Era en él laudable cosa
tras de instantes bien prolijos
dar un abrazo á su esposa
y acariciar á sus hijos.

Pero entre tanto la fiera
con un desafuero vil
saltaba por la telera
del miserable redil ;

y sin escuchar las quejas
en su instinto criminal
degollaba las ovejas
con un placer infernal.

Raro fue sin duda alguna
cuando nadie le estorbaba
que no comiese ninguna
de las reses que mataba.

Mas no debe sorprender
que es el instinto del daño
mas que el gusto del comer
quien guia el lobo al rebaño.

Y por eso en su fortuna
la muerte feroz sembraba
sin detenerse en ninguna
de las reses que mataba.

En medio de su furor

apareció por los cerros
el desgraciado pastor
con su cayado y sus perros.

Temiendo entonces un sobo
que hacer mas daños le impida,
aquel insaciable lobo
salvó en la fuga su vida.

Y el pastor por su descuido
sus ojos alzando al cielo
tan solo supo afligido
decir para su consuelo:

—“Treinta muertes ha causado
el fiero lobo en mi enjambre,
pero al fin huye el malvado
sin poder matar el hambre;
puede quedar escamado.”

Mas no fué cierta la escama,
que si el lobo se alimenta
de la carne que le inflama;
mas se goza y se contenta
con la sangre que derrama.

II.

LOS ARRIEROS.

De Madrid á Burgos
iban dos arrieros
y uno cabizbajo
y otro muy contento.

¿Por qué vas tan triste
dijo Juan á Pedro?
(que eran los dos nombres
de los dos sugetos).

Pedro contestóle
cada vez mas sério:
«porque en esta tierra
nada bueno encuentro.

Malas las posadas;
malos los senderos;
muchas socialiñas
caro y malo el pienso.
Si por las ciudades
transitar queremos
yo no sé por dónde
se nos va el dinero;

por los despoblados
 aun me dá mas miedo
 porque nunca estamos
 libres de rateros.
 Mi dolor disculpa
 porque me estremezco
 de encontrarme en este
 maldecido suelo.
 En Burgos siquiera,
 no hay tantos tropiezos ;
 todo está barato
 todo anda derecho ;
 y el arriero puede
 fraginar, teniendo
 buenas las posadas,
 los caminos buenos.
 Pedro suspiraba,
 pero el compañero,
 que era hombre de flema,
 dijo haciendo un gesto :
 « No te aflijas, hombre,
 si te agrada aquello
 que arrieritos somos
 y allá llegaremos. »

Y esto mismo digo
 cuando los denuestos
 del señor *Heraldo*
 y otros varios leo.
 Déjate de insultos
 y de dichos necios
 que arrieritos somos
 y allá llegaremos.

III

EL CAUDILLO Y LOS RECLUTAS.

Un caudillo cuyo nombre
 no recuerdo ni hace al caso,
 antes de entrar en batalla
 diz que dijo á sus muchachos :
 « Muchos son los enemigos
 que encontraremos al paso :
 no deis cuartel á ninguno ;
 al que caiga , fusiladlo. »
 Y esto diciendo el valiente,

que llevaba un buen caballo,
se colocó á retaguardia
nada mas que *por si acaso*.
Los infelices reclutas
iban ya medio descalzos,
cansados de andar diez leguas
sin comer y paso á paso.
Y al oír del general
el discurso temerario,
no pudiendo contenerse
respondió el mas descarado:
«Mi gefe, tanto rigor
en usted no es muy extraño,
que tiene en caso de apuro
para escapar buen caballo.
Pero ¿y nosotros? si el cielo
no quiere darnos amparo,
ó el enemigo es mas fuerte,
ó nos abruma el cansacio,
y por desgracia caemos
en poder de los contrarios,
¿quién nos prestará otras piernas
para poder libertarnos?»

Esto dicen muchos pobres
oyendo sermones tantos
en contra de los patriotas
al *Popular* y el *Heraldo*.
Quien cuenta con pies agenos
para huir, puede hablar alto;
pero á Us que estan de á pié
¿quién les prestará caballo?

LA MENTIRA.

Decíase, ya no me acuerdo cuándo, dónde, ni por quien, que se pensaba en dar á luz un periódico con el título de «*La Mentira*,» *diario dedicado á no decir ninguna verdad*, por una sociedad de *embusteros*. En verdad que el pensamiento no es muy original en los tiempos que alcanzamos; lo único que ofrece novedad es el título, ó por mejor decir, la franqueza, pues por lo demas, apenas se encuentra una publicacion en el día que no esté plagada de mentiras. Y no lo digo precisamente por las erratas de imprenta y otras equivocaciones involuntarias, sino porque la mentira es el primer ob-

jeto de los escritores públicos, lo cual seria reprehensible si el público no pareciera dispuesto á prestarles apoyo. Pero es el caso que el público sabe muy bien, por ejemplo, que todas ó la mayor parte de las noticias que dá la prensa periódica son mentiras, principalmente en la seccion de gacetilla, y sin embargo es decidida la afición del público á leer periódicos, siendo de notar que casi siempre se dá principio por la gacetilla.

Tambien he visto rodar por muchas manos la traduccion que dá *El Siglo* de las memorias de un médico, y á fé que para leer semejante traduccion es necesario no tener ningun apego á la verdad y no quiero entretenerme en copiar las mentiras que contiene porque tendria que reimprimir los diez tomos que van publicados. Diré sin embargo que me ha chocado ver llamar con tanta frecuencia á JJ. Rousseau *ciudadano de Genova*, en vez de *ciudadano de Ginebra*. Esto consiste en que el traductor ha visto en el original: *citoyen de Genève* y ha creído á pies juntillas que *Genève* en francés es lo mismo que *Ginebra* en castellano. Y no hay que achacarlo á descuido del traductor ó á errata de imprenta, porque la falta se repite muchas veces, y porque muchas veces tambien hablando del autor del Emilio, y sin consultar su voluntad, se le nombra *el escritor genovés, el ciudadano genovés, el filósofo genovés*, etc. De suerte que si no se le conocie, a en otros capitulos por su verdadero nombre nadie conoceria al sugeto de quien se habla ó se pensaria en todos los autores menos en Rousseau. Sensible es que haya hombres que miren con tan poco respeto á la imprenta y tengan la osadía de dar sus trabajos al público como si fuera cosa de juego.

Veamos ahora como el periódico *La Mentira* podrá llenar sus columnas; pero nada hay mas fácil. Por ejemplo, la gacetilla si no se quiere tomar el trabajo de inventarla, no tiene que hacer mas que cortar de los demas periódicos. Para la seccion de noticias extranjeras ó de provincia, insertar las bolas que corren entre los moderados; y respecto á la parte de fondo, lo mejor será reproducir los articulos diarios del *Popular* y el *Heraldo*, reducidos á lo siguiente: *Lunes*. La tranquilidad pública sigue inalterable. *Martes*. La tranquilidad pública sigue inalterable. *Miércoles*. La tranquilidad pública sigue inalterable. *Jueves*. La tranquilidad pública sigue inalterable. *Viernes*. La tranquilidad pública sigue inalterable. *Sábado*. La tranquilidad pública sigue inalterable. *Domingo*. La tranquilidad pública sigue inalterable. (Se continuará).

Editor responsable, D. FRANCISCO SALES DE FUENTES.

Imprenta de D. Julian Llorente, calle de Alcalá, número 44.